

LIBRO CUARENTA Y SEIS.

El general Custine ante el tribunal revolucionario.—Su condena.—Enjuiciamiento de la reina María Antonieta.—La Conserjería.—Arrebatan á su madre al joven delia.—Se le entregan á Simon.—Fouquier-Tinville, acusador público.—Condenacion de la reina.—Su vida y su muerte.

I.

Una de las primeras víctimas importantes del terror fué el general Custine. Su crimen era regularizar la guerra. Los montañeses querian una guerra de paso precipitado y á la carga. Necesitaban generales plebeyos para dirigir las masas plebeyas, y generales ignorantes para inventar la guerra moderna.

Hemos visto ya como Custine, arrancado en medio de su ejército, que le adoraba, por el comisionado de la Convencion Levasseur, habia llegado á Paris para dar cuenta de su inaccion. La inmensa popularidad que le habian alcanzado sus primeras invasiones hasta el corazon de Alemania y la toma de Maguncia, le rodeaba aun. Los oficiales le admiraban y le querian los solda-

dos. Cierta clase de coquetería soldadesca, que ocultaba la adulacion bajo la dureza; una disciplina mas ó menos rígida segun convenia, una elocuencia natural, costumbres á la vez libres y marciales, una colosal fortuna generosamente prodigada en los campamentos, la aristocracia de un nombre, cuya misma democracia aumentaba su prestigio, opiniones al parecer simpáticas hacia los girondinos, y el favor secreto de los realistas, que se complacian en considerarle retrógrado y amante de la monarquía, todo contribuía á establecer en derredor de Custine el interés que se une á la gloria, á la esperanza y á la persecucion. Su presencia en Paris habia reanimado todos estos sentimientos: el entusiasmo y los aplausos arrancados por su aparicion en los sitios públicos, en los paseos, en los teatros, hicieron temer á la Convencion que llamando á Paris un acusado, no hubiese llamado un dominador, y que no incitase al general obediente el papel de Cromwell. Apresuróse á prenderle y á entregarle á los jueces. No era por cierto el momento en que queria apoderarse de la supremacia del poder, el mas á propósito para reconocer en el ejército otra popularidad que no fuese la suya, y moderar un ascendiente con el que mas tarde hubiera querido contar. El crimen de Custine era el de aparecer como necesario. No se querian mas hombres necesarios, se queria que la patria fuese sola y el todo.

Por lo que concernia al ejército se dejaban traslucir dos partidos en la Convencion y en el comité de salvacion pública: el partido de Danton y el partido de Robespierre. Danton y los suyos, Fabre de Eglantine, Legendre, Chabot, Drouet, Camilo Desmoulins, Bazire, Alquier, Merlin de Thionville, Merlin de Douai y Delmas, habian mantenido siempre con los generales de la república inteligencias que atestiguaban en aquellos convencionales, un oculto pensamiento de intervencion militar, cuyos instrumentos alhagaban ya de antemano. Compra-

ban el favor del ejército; mantenían correspondencia y amistad con los gefes; visitaban los campamentos; se dividían, según se decía, los despojos; eran los patronos de los generales en las oficinas del ministerio de la Guerra, y blasonaban de amistad con aquellos mismos que por sus nombres ilustres y republicanismo dudoso hacían su frecuentación sospechosa á los jacobinos. Poco hacía que Camilo Desmoulin acababa de escitar la cólera de los patriotas, declarándose amigo de Dillon á quien quería entregar la comandancia del ejército del Norte, é hiriendo con invectivas á los acusadores de aquel general. Este escritor había acusado al comité de seguridad pública de desorganizar los ejércitos, trastornado los planes de los generales con ineptas manos. La Montaña indignada, solo perdonó á Camilo Desmoulin por piedad, la lijereza de su carácter. Los de la Montaña, decía él, le habían visto con aquella mirada inquieta é irritada con que los caballeros romanos miraban al salir del senado á César, sospechoso de haber sido cómplice en la conjuración de Catilina.

Iban agriándose las cosas; desde la huida de Dumouriez, todo eran sueños de traición; Dillon y Miranda estaban presos. Los amigos de Danton y el mismo Legendre, decían que era necesario derribar algunas cabezas de generales. Robespierre no hacía mas que seguir el instinto de su naturaleza y obedecer á los celos de su carácter, apresurando la acusación de Custine é inutilizando todos los gefes militares sobre los que el ejército podía dirigir los ojos, antes que sobre la patria. La libertad era su fin; solo quería ejército para defender su cuna. La única fuerza del pueblo debía ser, según él, el mismo pueblo. La historia enseña, que el ejército, instrumento de gloria, se convierte en instrumento de tiranía. El ejército era ante sus ojos el ejército de los reyes. La victoria daba á los generales la popularidad de los campamentos; la popularidad de los campa-

mentos les hacía contemplar con desasosiego el yugo civil. Convertirse de dominantes generales en obedientes ciudadanos le parecía esfuerzo superior á la virtud humana. No quería ni que el ejército se acostumbrase á admirar un gefe, ni que el pueblo se dejase corromper por la gloria. Desde los tiempos de la Asamblea legislativa se opuso por sí solo á la guerra pedida por los jacobinos. Había previsto de antemano las traiciones ó dictaduras, mas fatales para las revoluciones que las mismas anarquías. Continuaba en su pensamiento. Luckner, La Fayette, Dumouriez, Custine, Dillon y Biron, jamás habían obtenido su gracia. Las victorias le habían encontrado mas frio y acerbo que los contratiempos, porque veía mas peligro en la celebridad de un general afortunado, que en la pérdida de una batalla. Orador esclusivo hasta la crueldad, de la idea democrática, fué celoso hasta el extremo de sacrificarle el patriotismo.

II.

Custine compareció ante el tribunal, rodeado de los recuerdos de sus triunfos y sostenido por la presencia de su hija política, cuya hermosa gracia, talento, seducción y lágrimas, enternecían el rigor de las almas. Era la muger del único hijo de Custine, preso también á la sazón. Abandonaba el calabozo de su marido para consolar á su suegro en la prisión y acompañarle al tribunal. Custine había sido para con ella, durante su elevación, un censor exigente y de mal humor; ante el infortunio del general lo olvidó todo aquella hermosa jóven, y se ocupaba con ciega fé de la salud y consuelo del hombre que con su dureza le había hecho derramar lágrimas tan á menudo. Quería probar su amor á su marido conservándole á su padre. Había acosado con sus súplicas á los

jueces, jurados y miembros de los comités, y se presentaba ante el tribunal junto á Custine, como la inocencia que disipa la sospecha. Custine tenia solo en su contra algunas debilidades é inconsecuencias de orgullo. Habia hecho traicion á las esperanzas de la república, mas no á su patria. El sentimiento de su inocencia y la necesidad que de sus talentos tenia el ejército, le hacian presentarse ante el tribunal apacible y orgulloso á la vez. La superioridad de sus conocimientos militares sobre los testigos que le inculpaban, su gran memoria, la prontitud y oportunidad de sus réplicas, el verdadero calor de su patriotismo, y aquella elocuencia marcial que habia ejercido en los campamentos, dándole el don natural, prestaban á las sesiones del tribunal revolucionario el atractivo y solemnidad de una tragedia. Era la primera de las grandes ingratitudes de la república.

III.

Fouquier-Tinville, acusador público, boca de hierro del terror, indiferente á la verdad ó á la calumnia, leyó una larga y confusa acusacion en que todos los actos militares de Custine, y principalmente sus retiradas y abandono de Maguncia, estaban disfrazados como actos de traicion. Escucháronse numerosos testigos. Unos eran delatores que decian haber visitado los campamentos para tomar acta de los vagos murmullos y descontentos personales de las tropas; eran los otros demagogos alemanes de Maguncia ó de Liege, que imputaban al general francés haber despreciado sus consejos y moderado sus excesos; eran los demas, en fin, los representantes del pueblo comisionados junto á los ejércitos, tales como Montaut, Lequinio, Leonard-Bourdon, Merlin de Thionville, Couturier y Hentz. Estos fueron los mas parcos en

sus declaraciones. Hablaron de Custine como hombres que habian desaprobado alguna vez su conducta, mas creyendo en su inocencia y respetando su desgracia. Nadie pronunció la palabra traicion.

Contestó Custine á los diferentes puntos de la acusacion, contrarios á las declaraciones, restableció los hechos, las circunstancias y las fechas; y anonadó todas las inculpaciones con tanta sangre fria, y con tal lucidez y fuerza, que se aumentó, con justicia, la celebridad de su talento en el campo de batalla en que á la sazón disputaba su honor y su vida. Ninguna prueba se reprodujo, y solo quedaron sospechas en las almas de los que querian abrigrarlas. Los acentos del indignado general fueron acentos de grandeza y de sinceridad, acentos que confundian la ingratitud de la patria.

IV.

Habiendo dicho Levasseur de la Sarthe en el tribunal que habia observado en la conducta de Custine los mismos síntomas de traicion que habian caracterizado la conducta de Dumouriez, para entregar sus soldados á merced de los enemigos: «¡Yo! exclamó Custine por toda respuesta y dirigiendo sus brazos al cielo: yo haber intentado el que asesinaran á mis valientes hermanos de armas!..» Algunas lágrimas rodaron de sus ojos y fueron su sola refutacion.

Sin embargo, la impaciencia de los jacobinos estimulaba la lentitud del tribunal. La conviccion de la inocencia, el enternecimiento ó la admiracion ganaban todos los corazones. Los jurados vacilaban entre sus opiniones y sus conciencias. Custine terminó el debate con un discurso de dos horas, en el que la claridad de la refutacion, la dignidad de los sentimientos, el patético y va-

ronil acento del hombre guerrero y la elocuencia revolucionaria de ardiente patriota, inspiraron á los numerosos espectadores emoción y respeto. Creían todos y hasta él mismo, su absolución. Su hija política derramaba lágrimas de placer; empero los jurados le declararon culpable, con mayoría no esperada. El tribunal pronunció el fallo; la pena de muerte.

Era de noche. El general, entre dos filas de gendarmes, entró en la sala para escuchar su sentencia. La ansiedad de la duda palidecía su rostro. Dirigía inquietas miradas á la multitud, como para interrogar por su suerte á los rostros; pero aquella nada sabía. Las hachas que iluminaban por la vez primera el pretorio, desde el principio del proceso, mostraban á Custine que la deliberación de los jurados había sido larga y que su cabeza se había disputado con encarnizamiento. El agitado auditorio y la consternada actitud de los jueces, le hicieron concebir por vez primera el presentimiento del suplicio. Sentóse fijando los ojos en el presidente. Coffinhal leyó la declaración del jurado, y, según costumbre, le preguntó si tenía que reclamar algo contra la pena de muerte que pedía el fiscal.

El alma de Custine pareció decaer, mas por la sorpresa de la injusticia que por el terror de la muerte. Dirigió miradas en derredor suyo para buscar sus defensores é implorar una última voz; pero estos se habían retirado. No viéndolos, se dirigió Custine hácia el tribunal y con una acción que expresaba su abandono: «Ya no me queda ni un solo defensor, exclamó, todos han desmayado. De nada me acusa mi conciencia. Muero tranquilo é inocente.»

V.

Llevaronse á su hija política desmayada. La gente del salón permanecía muda ó lloraba. La multitud de

afuera aplaudió. Custine entró en el archivo de la Conserjería, antesala entre la vida y la muerte. Cayó arrodillado y con la cabeza entre sus manos, permaneciendo de esta manera y prosternado dos horas, abismado en reflexiones y sin proferir ni una sola palabra. Tal vez pensase en lo que había sacrificado de su rango y sangre, de su deber hácia el trono y de su fé de cristiano para con la revolución que tal recompensa le daba en aquel momento. Levantóse y pidió un sacerdote, y pasó la noche entera con el ministro de Dios. Pidió fuerzas para morir á la religión, contra la que había combatido al frente de los soldados de la república. Confesóse por este acto, vencido por las doctrinas de que se había declarado enemigo. No conservó nada en sus últimos momentos, de aquel *decorum* de la muerte del soldado, del que con tanta frecuencia había hecho gala en el campo de batalla. El hombre y el padre quedaron solos; el guerrero desapareció. Escribió una patética carta á su hijo, encargándole cuidase de su memoria, y de la rehabilitación de su inocencia en el corazón del pueblo, cuando el tiempo destruyese la sospecha. Subió á la carreta con las manos atadas. Una levita de paño azul, que conservaba algunos vivos y galones de uniforme, mostraban la sola dignidad del general bajo el traje de ajusticiado. Besaba con ardor un crucifijo que un sacerdote, sentado junto á él, oprimía contra sus labios. Sus ojos, arrasados de lágrimas, se dirigían alternativamente de la multitud al cielo, como para acusar su inconstancia al pueblo y pedir justicia á Dios. Bajó de la carreta al pie del cadalso, y cayó nuevamente arrodillado sobre el primer escatón. Su plegaria, que no osaron interrumpir, pareció redoblar su fervor y se prolongó largo tiempo. Subió al fin con firme paso; y mirando un momento la cuchilla como si fuese la bayoneta de la patria, se puso en manos del verdugo y murió. Esta muerte hizo retroceder todos los pensamientos de traición á los corazones de los generales, todas las insubordinacio-

nes en el deber; hizo rodar ante el ejército admirado, la cabeza del mas popular de sus gefes. Enseñóle que no tenia mas gefe que la Convencion. Dió á los representantes del pueblo en las fronteras un carácter de inflexibilidad que crea la obediencia y el heroísmo por medio del terror. El partido militar, emigrado con La Fayette, tráfuga con Dumouriez, decapitado con Custine, vergonzoso y mudo con Danton, fué completamente anonadado con este suplicio y no intentó luchar mas contra Robespierre, simbolo del pueblo y única cabeza dominante de la república.

VI.

Noventa y ocho ejecuciones acababan de ensangrentar el cadalso en sesenta dias. Una vez puesta en manos del pueblo la cuchilla del terror jamás la suelta. La venganza implacable y cobarde pedia sin cesar la cabeza de María Antonieta. La ciega impopularidad de esta princesa habia sobrevivido á su caída y desaparicion. Ella era, segun los dichos del pueblo endurecido, la contrarrevolucion encadenada, mas viva aun. Aunque inmolado Luis XVI, el pueblo conocia que únicamente se habia inmolado la mano. El alma de la corte era, para los enemigos del realismo, María Antonieta. Luis XVI era ante sus ojos la personificacion de la magestad, y su muger el crimen. Ya hacia algunos dias que el consejo de la municipalidad declaraba acusaciones significativas contra algunos de sus comisarios que dispensaban á los encarcelados del Temple alguna consideracion ó piedad. Ordenábaseles la insolencia y el ultraje como virtud de sus opiniones. La demolicion de los sepuleros de Saint-Denis, ordenada por la Convencion, por las peticiones de la municipalidad, iban á esparcir hasta las cenizas de los reyes. ¿Por qué, pues, conservar las personas reales,

que respiraban aun en el centro de París? Pensaban los implacables jacobinos, que la atmósfera de la república se *calmaria y purificaria* con esta sangre que les era odiosa, y el comité de salvacion pública mandó á Fouquier-Tinville, que apresurase el proceso.

VII.

Ningun miembro del comité consideraba á la reina como destituida de odio contra la república, pero ninguno la creia peligrosa para con la revolucion; algunos se avergonzaban, no obstante, de la necesidad de inmolarla. El mismo Robespierre, tan encarnizado contra los reyes, hubiera querido libertar á la reina. «Las revoluciones son en extremo crueles, decia en esta época, ante ellas nada es el sexo, ni la edad. Las ideas son implacables, mas el pueblo debiera saber perdonar. Si mi cabeza no fuese necesaria á la revolucion, hay momentos en que la ofrecería al pueblo, en cambio de una de las que nos pide.»

Únicamente Saint-Just no se desviaba por ningun sentimiento, de la linea de inflexibilidad que trazó en el comité á la marcha de la república. En cuanto al resto de la Montaña, Collot, Legendre, Camilo Desmoullins, Billaud-Varennes y Barrere, llevados por la cólera y arrastrados por la debilidad general del momento, procuraban acertar los instintos de la multitud á fin de alhagarla, sirviéndola. Quedaba la compasion de la opinion, que podia conmoverse por una reina, por una viuda, por una madre, por una cautiva, inmolada á sangre fria por todo un pueblo, mas la opinion asfixiada por el terror, era dominada por el cadalso. El miedo vuelve egoista como la prosperidad. Cada cual tenia demasiada piedad de sí propio para sentir piedad hácia la desgracia ajena.

Dejamos á la familia real en el Temple, en el momento en que el rey daba sus últimos abrazos para marchar al patíbulo. La reina, acostada enteramente vestida, había permanecido durante las largas horas de agonía del 21 de enero, sumida en fuertes desmayos, únicamente interrumpidos por el llanto y la oración. Procuró acertar el preciso momento en que la cuchilla fatal cortaba la cabeza de su esposo, para unir su alma á la suya ó invocar como protector en el cielo, al que perdía como esposo en la tierra. Los gritos de *Viva la república!* que desde el pie de la guillotina se fueron reproduciendo hasta las puertas del Temple, junto con el ruido de la artillería que regresaba desde los boulevares á las secciones, fueron los anuncios que indicaron á la reina este momento. Deseaba con avidez saber los fúnebres detalles de los últimos pensamientos y últimas palabras de su esposo. No ignoraba que moría como bueno y como hombre, pero necesitaba saber si moría como rey. Mas que el cadalso la hubiera humillado una debilidad ante su pueblo y ante el porvenir. El consejo de la municipalidad rehusó este consuelo á Maria Antonieta. Clery, mas querido de ella desde sus últimas comunicaciones con su rey, aunque preso todavía durante un mes en la torre, no tuvo ninguna comunicación con la familia proscripta. No pudo enviar ni el rizo de cabellos ni el anillo de casamiento. Estas reliquias casi impregnadas con la sangre del ajusticiado, fueron selladas y colocadas en la sala donde estaban los comisarios de la municipalidad. Algunos días despues un municipal llamado Toulan, que bajo la apariencia de sus funciones encubría una adhesión apasionada á la reina, las sustrajo y las enviaron al conde de Provence.

La reina suplicó á sus carceleros que le permitiesen tributar á la memoria de su esposo, la última prueba de respeto, vistiendo el luto. Acedieron á esta súplica, pero bajo nimias y ridiculas concesiones, que parecían una ley relativa al dolor. Por otra especial deliberación, el consejo de la municipalidad concedió quince camisas al hijo del rey.

Desde la muerte de Luis XVI notáronse algunas con-temporizaciones en la cautividad de las princesas. Los mismos comisarios del Temple, creyeron en los primeros momentos, que satisfecha ya la república, quedarían luego en libertad las princesas y los niños. Los municipales indulgentes dejaban entrever en sus conversaciones esta esperanza. Madama Isabel y la jóven princesa intentaron que la reina admitiese esta posibilidad, si no como esperanza, al menos como consuelo á sus lágrimas; pero la reina conservó su impasibilidad, ya porque no creyese en los humanos sentimientos de un pueblo cuyo enojo llevó al cadalso á un rey que en otro tiempo victoreó con entusiasmo, ya porque creyese preferible la muerte á la libertad, sin el trono y sin su esposo.

Rehusó constantemente bajar al jardín, distracción que de nuevo la concedían. «Imposible me sería, decía arrojándose en los brazos de su hermana, pasar por frente de la puerta del cuarto del rey, que estaba situado en el primer piso de la torre. Eternamente vería las huellas de sus últimas pisadas impresas en las escaleras.» Nada podía mitigar aquel suplicio de su alma. Alarmada respecto á la salud de sus hijos por una reclusión tan completa, consintió tan solo á fines de febrero, en pasear y respirar el aire libre en la plataforma de la torre.

El consejo de la municipalidad, informado de la cu-

riosidad que despertaban en las casas vecinas estos paseos, y temiendo que se estableciesen inteligencias con la mirada, disputó á sus cautivas la vista del horizonte; y por una orden espedita el 26 de marzo, mandó que se colocasen celosías en todas las almenas, que sin impedir la circulacion del aire, impidiesen las curiosas miradas.

Estas precauciones crueles para los niños era beneficio para la reina. La privaban del aspecto de una odiada ciudad y el estruendo de la tierra, y solo le dejaban entrever el cielo, al que ella aspiraba. Se alteraba su salud sin que se apercibiese su alma de la decadencia de su cuerpo. Las noches las pasaba en insomnios que sus alteradas facciones revelaban por la mañana. Su hermana ó hija la suplicaron que pidiese se abriera una puerta de comunicacion entre su cuarto y el contíguo, donde las encerraban todas las noches. La reina consintió; y atendiendo á su ternura, Chaumette, procurador general de la municipalidad, conmovido por las lágrimas de las princesas y el decaecimiento de la reina, prometió apoyar la demanda; empero al dia siguiente acompañado de Pache y de Santerre volvió al Temple para anunciar á la reina que habian desechado su peticion.

Pache y Santerre no pudieron menos de contemplar con estupor la abatida victima de tantas persecuciones, y se retiraron aterrados de su poder y encaenados con las exigencias de una opinion que elevándolos sobre el pueblo les prohibia ser hombres.

X.

Fué estrechándose cada vez mas el cautiverio. Las ensibilidad, que tambien domina la opinion, fué el móvil que introdujo algunos hombres adictos, hasta los ventanillos de los calabozos del Temple. Unos pocos municipales ur-

dieron un complot para hacer mas llevadera la prision de las princesas, y poner en correspondencia á las cautivas con los agentes exteriores. Toulan, Lepitre, Beugneau, Vincent, Brusco, Merle y Minchonis, engañaban la vigilancia de los demas comisarios y las precauciones de la municipalidad.

Mr. Hue, ayuda de cámara del rey, libre y olvidado en Paris, se comunicaba con estos comisarios y trasmittia á las princesas los pasos, las noticias, las esperanzas y las tramas que interesaban á su situacion. Estas comunicaciones verbales ó escritas, solo llegaban á los oidos de las princesas venciendo muchas precauciones y estratagemas para engañar á los demas comisarios. Los municipales se vigilaban mutuamente. Una mirada ó un gesto que uno á otro sorprendiera, le hubiera conducido al cadalso. Los medios de comunicacion que ponian en juego Toulan y Lepitre, eran la mano de Turgy y los objetos inanimados. Una estufa calentaba el cuarto del piso tercero, antecámara comun de la reina y de Madama Isabel; en los tubos de los caloriferos colocaba Turgy los billetes, los avisos ó los fragmentos de periódicos que instruian á las princesas de lo que querian que supieran. A su vez las princesas ocultaban los billetes escritos con las tintas simpáticas que solo podian leerse calentándolas. De tal modo llegaban hasta el calabozo de María Antonieta las noticias de los acontecimientos exteriores é interiores, la disposicion de los ánimos, los progresos de la Vendée, las victorias de los ejércitos estrangeros, el falso brillo de esperanzas que alimentaban, quiméricas conspiraciones para libertarlas, y algunas cartas impregnadas de lágrimas de verdadera amistad. Pero el corazon de la reina no abrigaba la esperanza. El horror de la situacion dependia precisamente de que nada temia, ni nada esperaba. No poseia la agitacion del sufrimiento que lucha, adquirió la paz de la desesperacion y la inmovilidad del sepulcro, junto con la sensibilidad de la vida.

La eterna separacion del rey daba márgen á que recayese sobre ella todo el peso de sus infortunios. Mas ocupada de él que de sí misma, el cuidado de mitigar el cautiverio de su esposo la distrajo gran parte de sus inquietudes. Nada la levantaba ya del suelo en que se arrastraba abatida. Solo veia en sus hijos, partes dolorosas y mutiladas de su corazon. Era la herencia de un suplicio que en frente de sí tenia, herencia que le recordaba que algun objeto querido verteria sangre tras ella. La rodeaba la serenidad de su hermana, pero sin comunicarse á su alma. Creia á madama Isabel una persona impassible, colocada por la sublimidad de su fé, y por la resignacion de su naturaleza, en una esfera inaccesible á las pasiones y á las inquietudes de la humanidad. La respetaba y la envidiaba; pero la naturaleza impresionable y apasionada de Maria Antonieta no tuvo otra semejanza con madama Isabel que su caida; otro contacto que la desgracia comun. La una era un ángel, la otra una muger. Se hallaban en contacto en la tierra, pero las separaba el cielo.

XI.

El 31 de mayo las princesas oyeron sin comprenderlo, el lejano murmullo de la sublevacion que abatia á los girondinos. Hasta algunos dias despues no supieron la caida de estos hombres, que en vez de salvarlas las arrastraron mas rápidamente á la muerte. Hebert y Chauvette venian de vez en cuando á ser espectadores de su miseria; y ya se presentaban injuriosos, ya apiadados, retratando las variaciones populares. La criada de la reina, esposa de Tison, denunció á Toulan, Lepitre y sus cómplices, que fueron decapitados. Esta muger, agitada por el remordimiento, enloqueció; se echó á los pies de la

reina, y durante algunos dias alborotó la cárcel con sus gritos, ofreciendo el espectáculo de su demencia. Las princesas frente á este arrepentimiento y locura, olvidaron las delaciones de esta desgraciada, y la cuidaron por turno, privándose de su propio alimento para consolarla.

Despues del 31 de mayo, el terror que reinaba en Paris penetró hasta la torre, y revistió á los hombres, á las conversaciones y á las precauciones de un carácter mas odioso de rigor y persecucion. Cada municipal aerisolaba su patriotismo sobrepujando la aspereza de su predecesor.

La Convencion despues de decretar que la reina fuese procesada, ordenó que la separasen de su hijo. Quisieron leer esta orden á la familia real. El hijo se arrojó en brazos de su madre, rogándola que no le abandonase á sus verdugos. La reina llevó á su hijo á la cama, y colocándose entre esta y los municipales, les dijo que antes que tocarlo la matarian. Amenazada en vano con la violencia, si continuaba resistiéndose al decreto, luchó dos horas, hasta que la faltaron las fuerzas, contra las ordenes, amenazas, gestos, é injurias de los comisarios. Cayó agobiada por el cansancio á los pies de la cama, y convencida por madama Isabel y por su hija, vistió al delphin y le entregó regado con sus lágrimas y bendiciones á los comisarios. El zapatero Simon, elegido por la brutalidad de sus costumbres para reemplazar el corazon de una madre, condujo al delphin al cuarto que debia ser tumba de este niño augusto. El delphin permaneció dos dias tendido en el suelo, rechazando todo alimento. La reina elevó mil y mil súplicas para que la permitiesen ver á su hijo una sola vez; pero estas súplicas fueron desechadas. El cerrojo cerraba dia y noche la puerta del cuarto de las princesas. Los municipales desaparecieron tambien; y solo tres veces al dia subian los llaveros, para entregar los alimentos, é inspeccionar las rejas de las ventanas. Ninguna muger reemplazó á la criada, esposa Tison, en-

cerrada en una casa de locos. Madama Isabel y la joven princesa, hacian las camas, barrian el cuarto, y servian á la reina. El único consuelo de las princesas era subir todos los dias á la plataforma de la torre, á la misma hora en que el delfin paseaba por la de su departamento, y espiar el instante en que cambiásen una mirada. La reina, durante estos paseos, permanecia apoyada en las celosias de las almenas, procurando entrever por una rendija, la sombra del cuerpo de su hijo, y oír su voz.

Tison, á quien los remordimientos y la demencia de su muger, habian ablandado mucho, iba furtivamente y de cuando en cuando á informar á madama Isabel de la situacion y salud del delfin. Esta princesa ocultaba á la reina gran parte de las crueles noticias que recibia. El cinismo y brutalidad de Simon depravaban á la vez el cuerpo y alma de su pupilo. Le llamaba el lobo del Temple. Le trataba igual que á los cachorros de los animales feroces que han arrebatado á su madre, á la vez intimidados por el látigo, y enervados por el trato de sus domadores. Castigaba en él la sensibilidad; recompensaba la bajeza y alentaba el vicio. Enseñaba al niño á injuriar la memoria de su padre, las lágrimas de su madre, la piedad de su tia, la inocencia de su hermana, y la fidelidad de sus partidarios. Le hacia entonar canciones obscenas en loor de la república, de la linterna, y del cadalso. Ebrío Simon con frecuencia, se complacia con aquellas irrisiones de la fortuna, que adulaban su bajeza. Sentado en la mesa, le servia el principe de pie. Un dia conservando cada cual esta terrible posicion, pegó Simon con la servilleta al delfin en la cara, y muy poco faltó para sacarle un ojo. En otra ocasion cogió el morillo de hierro que sostenia la leña en el hogar, y amenazó matar al niño con aquella arma. Las mas veces fingia condolerse bondadoso, de su edad y de su desgracia, para engañar la confianza del joven y relatar á Hebert y Chaumette sus conversaciones. «Capeto, le dijo un dia en el momento

en que los vendeanos habian pasado el Loire, si te libertasen los vendeanos ¿qué harías?—Perdonaros, le contestó el niño.» Simon conmovido con esta respuesta reconoció la sangre de Luis XVI. Pero este hombre engañado por el orgullo de su importancia, por el fanatismo y por el vino, no era susceptible ni de una constante ferocidad, ni de una durable temporizacion. Eran la crápula y la brutalidad, destinadas por la fortuna para envilecer y desnaturalizar el último germen de la magestad.

XII.

El 2 de agosto á las dos de la madrugada, despertaron á la reina para leerla el decreto que ordenaba su traslacion á la Consergeria mientras durase su proceso. Escuchó la lectura sin admiracion ni dolor. Era un paso mas que avanzaba hácia el fin que veia inevitable, y que deseaba cercano. En vano madama Isabel y su hija se arrojaron á los pies de los individuos de la municipalidad suplicando que no la separasen á la una de su hermana y á la otra de su madre. Ni una palabra, ni un gesto se les contestó. La reina silenciosa y aun medio desnuda, se vió en la necesidad de vestirse delante del grupo de hombres que llenaban su cuarto. La registraron. Sellaron algunos insignificantes objetos y las alhajas que sobre sí llevaba, las cuales consistian en una cartera, un espejo de bolsillo, un anillo de oro con cabello entrelazado, un papel en el que estaban inseritos dos corazones con letras iniciales, el retrato de la princesa de Lamballe, su amiga, dos retratos mas de mugeres que la recordaban amigas de la infancia en Viena, y algunos signos simbólicos de devocion á la Virgen, que la regaló madama Isabel, como reliquia preservativa en sus infortunios, y recuerdo del cielo en los calabozos. Solo la dejaron un pañuelo y un pomito de

vinagre, para volverla en sí si se desmayaba por la emoción de la despedida. La reina cubriendo con sus brazos á su hija la condujo á un ángulo del aposento, y allí regándola con sus lágrimas y bendiciones, la dió su última despedida. La recordó el mismo perdón para sus enemigos y el olvido de las persecuciones que la legara el moribundo Luis XVI; y colocando las manos de la joven entre las de madama Isabel, «Esta, la dijo, será desde hoy vuestro padre y vuestra madre; obedecedla y amadla como á mi misma.— Y en vos, hermana mía, dijo arrojándose en brazos de Madama Isabel, deo otra madre para mis pobres hijos, amadlos, como nos habeis amado hasta el calabozo y hasta la muerte.»

Madama Isabel contestó algunas palabras, pero en voz tan baja que nadie las oyó. Sin duda era una recomendación de su piedad que dominaba y santificaba hasta su dolor. La reina hizo un gesto de deferencia con la cabeza, y salió del cuarto con paso lento, los ojos bajos, y sin atreverse á conceder á su hermana é hija la última mirada, temerosa de que la abatiese la suprema emoción. Al salir del aposento se pegó en la frente contra la viga de la puerta baja. La preguntaron si se había lastimado. «Oh no!» contestó con un acento que abrazaba el todo de su destino: nada puede hacerme daño en estos instantes.» La condujo á la Conserjería un coche en el que la acompañaban dos municipales y escoltado por gendarmes.

XIII.

La cárcel de la Conserjería ocupa el piso subterráneo del palacio de Justicia. Está, por decirlo así, abierta en sus mismos cimientos. Aquellas sombrías bóvedas del palacio de San Luis se hallan hoy día muy encajonadas

por la elevación del piso; en las grandes ciudades la tierra sumerge gradualmente los monumentos de los hombres. Estos subterráneos forman los calabozos, las antecámaras, los cuerpos de guardia de los gendarmes, y los aposentos de los carceleros. Los largos corredores, cuya bóveda va en disminución como las naves de los claustros, comunican por una parte con arcadas que recibían la luz de los patios, y por la otra con calabozos á los que conducían algunos escalones. Los corredores estrechos, disseminados en este vasto cuadrado de piedra, los oscurecían las altas murallas del palacio de Justicia. La luz del día bajaba perpendicular y en lontananza, como en el fondo de anchos pozos cuadrados. La alta calzada del muelle, separa la Conserjería del Sena. La elevación de esta calzada sobre el nivel de los calabozos y patios, junto con la filtración del agua, cubría el piso, paredes y patios con una humedad sepulcral, que constantemente deteriora los cimientos, y que arboriza con musgo las piedras del edificio. Continuamente conmueven las bóvedas el embate del río contra los puentes, el continuo ruido de los coches en el muelle, y el sordo de los pasos de la muchedumbre, que á la hora de los tribunales inunda las habitaciones superiores del palacio. Estos ruidos llegan á los oídos de los presos como un lejano trueno; y parece que se complace en que nunca olviden los eternos gemidos de aquella mansión. Recuerdan el antiguo destino de este palacio de los reyes de las primeras razas, trocado hoy en morada del vicio y del crimen y en pórtico de la muerte, las macizas columnas, las bóvedas rebajadas, las estrechas ojivas, y las sorprendentes esculturas con que el gótico cincel adornó los festones y capiteles. Estas subterráneas construcciones sirven de cimiento á la alta torre cuadrangular que en otro tiempo ostentaba los feudos del reino. Esta torre era el centro de la monarquía. En los cimientos de este palacio de la edad media, la venganza y lo inconstante de

la fortuna, encerraba la agonía de la monarquía y el suplicio del feudalismo. ¿Cómo hubieran creído los reyes de las primeras razas, que con este palacio edificaban la cárcel y tumba de sus sucesores? El tiempo es el gran espíador de las cosas humanas; pero ¡ay! ¡cuán ciego se venga borrando con las lágrimas y sangre de una mujer, víctima del trono, las injusticias y opresiones de veinte reyes!

XIV.

Después de bajar los tramos de una ancha escalera, y atravesar dos puertas de calabozos, se llega á un claustro cuyas arcadas comunican con un patio, paseo de encarcelados. A la izquierda bajo este corredor se encuentra una serie de puertas de madera de encina toscamente trabajadas, reforzadas con travesaños, cerraduras y macizos cerrojos. La segunda de estas puertas, daba entrada á un cuartito subterráneo; el pavimento de este cuarto, era tres pasos más bajos que el del corredor. Una ventana con reja, robaba la luz á un patio, estrecho y profundo como una cisterna vacía. A la izquierda de esta primera celda una puerta aun más baja que la primera, pero sin cerradura ni cerrojos, daba entrada á una especie de sepulcro abovedado, cuyo pavimento y muro eran de talladas piedras ennegrecidas por el humo de las antorchas, y resquebrajadas por la humedad. Una ventana de bohardilla que tomaba luz del mismo patio de la antecámara, y asegurada con entrelazadas barras de hierro, dejaba penetrar una luz semejante al crepúsculo. Formaban el miserable mueblage de esta cueva, colocado en el fondo al lado opuesto de la ventana, una miserable cama sin cortinas, colchas iguales á las de los hospitales y cuarteles, una mesita de álamo, un cofre de madera, y dos sillas de paja. Aquí fué donde á me-

dia noche y al resplandor de una vela de sebo, sumieron á la reina de Francia, que de infortunio en infortunio descendió desde Versalles y Trianon hasta este calabozo. Colocaron de centinela en la primera cámara, dos gendarmes con el sable desenvainado; la puerta de la reina debía permanecer abierta de modo que nada del interior del calabozo pudiese ocultarse á los guardas: la consigna de los gendarmes era no perderla de vista ni durante el sueño.

XV.

A pesar de todo, la ferocidad de los hombres suele no hallar siempre instrumentos implacables. Los calabozos también ofrecen quien se enternezca. Por un gesto respetuoso, por una mirada de inteligencia, por una voz simpática, por una palabra robada á la vigilancia de las cárceles, conoce la víctima que no la abandona completamente la humanidad. Este contacto con lo que vive y con lo que sufre en la tierra, alienta al desgraciado para respirar hasta su última hora. La reina comprendió en la actitud, en la mirada y en los sentimientos de madame Richard, esposa del alcaide, esa sensibilidad que se oculta con el rigor de su encargo. La mano que debiera maltratarla, fué la que le deparó consuelos. Las contemporizaciones que caben con la dureza de un arbitrario encarcelamiento, las modificaciones respecto á la consigna, á los alimentos y á la soledad, todo lo puso en juego madama Richard, para que su prisionera conociese que aun desde el fondo de su calabozo, reinaba sobre un corazón.

Madama Richard, realista por recuerdos, sentía más orgullo en tener la felicidad de secar una lágrima de la régia encarcelada que en ver á la hija, mujer y madre de reyes á su disposición. Introducía en el calabozo mue-

bles necesarios ó agradables á la reina, y envió á buscar al Temple las labores de tapicería, ovillos de lana y agujas que habia dejado Maria Antonieta. Ocupando sus manos en el trabajo se distraian los pesares de la reina. Por sí misma preparaba madama Richard los alimentos de la prisionera. Entraba frecuentemente, bajo pretexto de cumplir su cargo, á recomendar á los gendarmes de servicio la vigilancia debida, pero con el solo fin en verdad de informarse de los deseos de la reina, dirigirle palabras de simpatía y esperanza y distraer la soledad del día y los insomnios de la noche. La llevaba noticias de su hermana ó hijos, noticias que se procuraba por medio de sus conocimientos en el Temple, y trasmitia las de la reina á su familia, valiéndose para ello de comisarios de policía con cuya adhesión contaba. El alcaide Richard, aunque mas severo en apariencias para ocultar mejor su complicidad, participaba de todos los sentimientos de su muger y dividia con ella su solicitud para con la régia cautiva.

XVI.

Ignoraba el pueblo la época en que debía juzgarse á Maria Antonieta. Esta dilacion del comité de salvacion pública, hacia creer que queria engañar la feroz impaciencia del populacho ó debilitarla por medio del tiempo. Algunos municipales formaban secretos complots á fin de procurar la evasion de la princesa, y madama Richard favorecia la introduccion de estos adictos partidarios. Durante sus rápidas entrevistas, distraia sagazmente la atencion de los gendarmes que permanecian en la antecámara. En cuanto á Michonis, individuo de la municipalidad, que con riesgo de su vida se habia ofrecido á la régia familia, continuaba animado enteramente de iguales sentimientos en la Consergería. Existen naturalezas generosas

que seduce el infortunio y atrae el peligro. Michonis pertenecia á este número, así como Lepitre y Toulan.

Gracias á Michonis, un noble realista, llamado Rougeville, se introdujo en el calabozo, vió á la reina y la ofreció una flor que contenia un billete. Este escrito, en el que se hablaba de su libertad, fué sorprendido en las manos de la reina por uno de los gendarmes. Michonis fué preso, y los esposos Richard, privados de su empleo, fueron tambien encerrados en los calabozos donde habian dejado entrar la indulgencia. La reina tembló.

Pero todavía se encontró esta vez un corazón generoso para contener los ultrajes con que Hebert y Chaumette ordenaban martirizar á su víctima. Ni una sola muger pudo hallarse que se prestara á ser instrumento de martirio de otra muger que en tan elevada cuna se habia medido, y que en tal desgraciada situacion se encontraba.

Pensose en dar al feroz Simon la plaza de alcaide de la cárcel, pero Mr. Bault y su muger, antiguos alcaldes de la Force, solicitaron y obtuvieron dicha plaza, con la intencion de dulcificar la cautividad y consolar las últimas horas de su antigua señora. La princesa que los habia protegido en sus dias de poder, alegróse de encontrar en ellos caras conocidas y corazones amigos.

Madama Bault, á pesar de las órdenes de la municipalidad, que mandaba dar á la reina el pan y agua de los presos, preparó por sí misma sus alimentos. En vez de la fétida agua del Sena, le hizo traer diariamente la cristalina de Arcueil, que la reina tenia por costumbre beber en Trianon. Vendedores de flores y frutas del mercado, que surgian en otro tiempo las casas reales, llevaban furtivamente á la puerta del calabozo melones, albaricoques y ramilletes, que la esposa del alcaide hacia llegar á la reina como testimonio de la fidelidad del corazón en las mas humildes condiciones. Así prestaba el interior del calabozo á la cautiva alguna imágen y fragancia de los jardines que tanto habia amado. Madama

Bault, para afectar mas rigor é incorruptibilidad en su vigilancia, no entraba jamás á ver á la princesa. Solo la visitaba su marido, acompañado de los administradores de policia. Estos notaron un dia que se habia colocado una vieja tapiceria entre la cama y la pared para preservar á la reina de la humedad del calabozo. Reprendieron por esta tolerancia á Bault, en la que segun ellos se traslucia al cortesano. Este encubrió su fin diciendo que habia tapizado la pared para ensordecer el calabozo é impedir que los demas presos oyesen las quejas de Maria Antonieta.

La humedad del suelo habia destruido enteramente los dos únicos vestidos, uno blanco y otro negro, que conservó la reina y que llevaba alteroativamente. Sus tres camisas y sus zapatos, sin cesar empapados de agua, estaban en el propio estado. La hija de madama Bault le componia los vestidos y calzado, y distribuia secretamente como reliquias los pedazos y restos que se desprendian. Esta jóven, introduciéndose todas las mañanas en el calabozo y enterneciendo con su gracia y jovialidad la rudeza de los gendarmes, ayudaba á vestir á la reina, mullia los colchones de su cama y peinaba á la encarcelada. Los cabellos de esta, en otro tiempo tan rizados y rubios, encanecian y caian de una cabeza que solo contaba treinta y siete años, como si la naturaleza predijese la brevedad de su vida.

XVII.

La reina escribia con la punta de una aguja los pensamientos que queria retener, en la capa de cal de las paredes. Uno de los comisarios, que visitó el calabozo despues de la ejecucion, dió á conocer algunas de estas inscripciones. La mayor parte eran versos alemanes ó

italianos, alusivos á su suerte. ¡Glorioso y arrebatador destino el de los poetas, prestar su voz á todas las felicidades y á todos los infortunios de la vida, como patentizando que ninguna felicidad ni miseria es completa sino se espresa con esa lengua de la inmortalidad!

Las demas inscripciones eran versiculos de la Imitacion, de los Salmos y del Evangelio. La pared del lado opuesto á la ventana se veia enteramente cubierta. Eran páginas de piedra del libro de su martirio. El comisario quiso copiarlas un dia, pero la inflexibilidad de sus colegas mandó borrarlas al momento con una capa de cal, para que los gemidos de una reina no tuviesen eco en la república.

Los lijeros consuelos del encarcelamiento no pudieron estenderse jamás hasta modificar la desnudez y la oscuridad é incuria de la cárcel. La reina pidió otro cobertor de algodón mas ligero que las pesadas mantas de grosera lana que la fatigaban en su sueño. Bault trasmittió esta peticion al procurador general de la municipalidad. «¿Qué te atreves á pedir? le respondió brutalmente Hebert; ¡por eso solo merecerias ir á la guillotina!»

El agradecimiento de la reina por tan solícitas atenciones no podia espresarse libremente ante los gendarmes. Intentó dar una vez un rizo de sus cabellos y un par de guantes á Mr. Bault, pero los gendarmes se apoderaron de estos presentes como sospechosos, y fueron entregados á Fouquier-Tinville, el cual los puso en manos de Robespierre.

La reina buscaba con ayidez todos los medios de hacer llegar á sus hijos ó amigos algunas pruebas materiales del recuerdo que conservaba de ellos hasta la muerte. Arrancó, pues, uno por uno los hilos de lana del viejo tapiz tendido junto á su cama, y por medio de dos mondadientes de marfil, transformados en agujas de tapiceria, tegió una liga; cuando la concluyó hizo seña á Bault y la dejó caer á sus pies. El alcaide, fingiendo que se le caia

el pañuelo, bajó para cogerla y la ocultó así á la vista de los gendarmes. Esta última y conmovedora labor de la reina, empapada de lágrimas, fué entregada á su hija despues de su muerte.

En los últimos dias de su encarcelamiento, el alcaide obtuvo, bajo pretexto de garantizar mejor su responsabilidad, el que se retirasen los gendarmes al interior y se situasen fuera de la puerta en un corredor, y la reina no tuvo que sufrir desde entonces las miradas, los dichos y ultrajes continuos de sus vigilantes. No tenia mas sociedad que la de sus pensamientos. Pasaba horas enteras leyendo, meditando y orando. Esto no obstante, y á pesar de la continua presencia de dos gendarmes ante su enrejada ventana, adictos encarcelados que pasaban y cruzaban por el patio, hablando en alta voz de las noticias públicas, hacian penetrar indirectamente algunas medias palabras hasta los oidos de la reina, y de esta manera supo con anticipacion el dia en que debía presentarse ante el tribunal.

XVIII.

El 13 de octubre fué Fouquier-Tinville á notificarla su acta de acusacion. Escuchóla la reina como una formalidad de muerte que no merecia el honor de la discusion. Su crimen era el ser reina, esposa y madre de rey, y haber odiado una revolucion que le arrancaba la corona, su esposo, sus hijos y su vida. Para amar la revolucion hubiera sido preciso aborrecer la naturaleza y renegar de todos los sentimientos humanos. Entre ella y la república no habia proceso, sino guerra á muerte. La mas terrible de las dos imponia penas á la otra. Esto no era justicia, era venganza. La reina lo sabia, la muger lo aceptaba; ni podia arrepentirse, ni queria suplicar.

Buscó, para cumplir con las formas, dos defensores, Chauveau-Lagarde y Tronson-Ducondray. Ambos abogados, jóvenes, ilustres, generosos, habian solicitado secretamente tal honor. Buscaban en las causas solemnes del tribunal revolucionario, no un vil salario á sus palabras, sino los aplausos de la posteridad. Sin embargo, un resto de instinto vital, que hacia buscar á los moribundos una eventualidad de salvacion hasta lo posible, ocupó á la reina el resto del dia y la noche siguiente, y notó algunas contestaciones á los interrogatorios que iba á sufrir.

El siguiente dia 14 de octubre, á las doce, se vistió y peinó con toda la decencia que permitia la sencillez y pobreza de sus vestidos. No intentó hacer gala de los girones que hubiesen avergonzado á la república, ni menos pensó en escitar la compasion del pueblo. La dignidad de muger y reina le prohibian escudarse con su miseria.

Subió rodeada de una fuerte escolta de gendarmes la escalera del pretorio, cruzó las oleadas populares á quienes tan solemne venganza habia atraido á los pasillos, y se sentó en el banco de los acusados. Su frente, herida por el rayo revolucionario y marchita por el dolor, ni se veia abatida ni humillada. Los ojos, rodeados de ese círculo negro que los insomnios y las lágrimas trabajan como lecho del pesar bajo los parpados del desgraciado, lanzaban aun rayos de su antiguo brillo sobre la frente de sus enemigos. No se veia ya la beldad que habia enloquecido la corte y deslumbrado la Europa, pero se adivinaba su existencia. La boca contrastada mostraba la dignidad real, no oculta aun por las huellas de colosales sufrimientos. La natural frescura de su tez del Norte luchaba aun con la livida palidez de las prisiones. Sus cabellos, encanecidos por las angustias, contrastaban con la juventud del rostro y del talle, y se desarrollaban sobre su cuello como una amarga y precoz irrision del destino á la juventud y la beldad. Su ademan era